

Esto sin necesidad de profundizarlo mucho es un tema campesino: la descripción de alguna festividad campestre que el poeta ha titulado. Fiesta de San Pedro. Innegablemente el poema está bien concebido y ha alcanzado en él plenos aciertos de imágenes: «un rollo de viento», «la garganta del silencio», «la noche de ojos de aguardiente», pero si nos fijamos bien nos encontramos con que la falta de conexión de diversos versos entre sí le resta la claridad indispensable en un género como el elegido por el autor: el descriptivo.

Por estas razones creemos que el señor Carrera Andrade, que tiene toda la fibra de un buen poeta, nos habrá de dar en sus futuras producciones algo más depurado, algo en que las últimas influencias recibidas, el género japonés que hemos mencionado y algunos resabios notables de Blanca Luz Brum (págs. 77, 79, 81 y 91) no lo traicionen hasta el extremo de quitarle la fuerza de expresión y el vigor de originalidad que hay derecho a esperar de él, por sus naturales condiciones: una finísima sensibilidad y un deseo fervoroso de hacer de sus poemas un conjunto completo de realizaciones artísticas.—*Abel Valdés A.*

NOVELA

JUDÍOS SIN DINERO, por *Michael Gold*.

Michael Gold, judío de origen rumano, es el director de la revista «New Masses», publicación norte-

americana de arte y literatura, de tendencias comunistas. Cuenta entre sus colaboradores a Upton Sinclair y a John Dos Passos. Michael Gold lleva publicados dos libros: *120 millones*, colección de bocetos y poemas en que se describe la vida obrera en Estados Unidos y éste que comentamos: *Judíos sin dinero*, libro dedicado a narrar la infancia de Michael Gold en el East Side y el ambiente general de ese barrio neoyorquino.

Judíos sin dinero está escrito en forma fragmentaria. No es casi una novela sino una sucesión de cuadros. Los judíos ocupan el primer lugar entre los personajes descritos por Gold. El autor no posee gran estilo y parece que no se interesa por poseerlo. El interés de este libro reside en lo que muestra al lector: el enorme número de judíos pobres que habitan Nueva York, su miserable vida y la forma en que el ambiente de la ciudad y las circunstancias derivadas de sus condiciones de existencia influyen para hacer de ellos bandidos, prostitutas, macrós o simples vagabundos. La vida de la gran ciudad, el ansia de enriquecerse de cualquier modo, el deseo de surgir a toda costa, destruyen en los hijos de los judíos emigrantes el germen de religiosidad y de moral que los padres trajeron a América. Pocos son los que se salvan, pocos los que se enriquecen; los demás siguen un camino de rebelión o de delito, de hambre o de abulia y forman el montón de un millón y medio de judíos sin dinero que vive en Nueva York.

En aquel entonces, el East Side de Nueva York era el distrito de las mancebías y del 606, un inmenso parque de recreos administrado por Tammany Hall. Los judíos, huyendo de los pogroms europeos, habían venido con sus rezos y sus ceremonias, desde un nuevo Egipto, a una nueva Tierra Prometida. Encontraron esperándoles las fábricas explotadoras, las casas públicas y Tammany Hall. Había cientos de prostitutas en mi calle. Ocupaban las tiendas desalquiladas, llenaban varios pisos en todas las casas de vecindad. Los piadosos judíos odiaban el tráfico. Pero aquí eran pobres extranjeros; no podían hacer nada. Se encogían de hombros y murmuraban: «Ésto es América.» Trataban de vivir.

Las mayorías de las prostitutas del East Side eran judías. Así es todo el libro, trágico, sórdido, sarcástico.

Los moralizadores del Ku Klux dicen que el sistema de bandidaje no es americano. Dicen que fué traído aquí por los emigrantes europeos de «clase baja». ¡Qué tontería! Nunca hubo bandidos judíos en Europa. Los judíos eran allí un grupo tímido y estudioso. Los judíos no han matado a nadie desde la caída de Jerusalén. Por eso los cristianos, que aman el asesinato, nos han llamado el «pueblo raro». Pero es América la que ha enseñado a los hijos de los sastres judíos tuberculosos a matar.

Hay observación y poesía en el libro de Michael Gold, poesía que surge de entre los montones de basura y de los cuartos malolientes del East Side, en forma de aspiraciones de reivindicación social y de renovación espiritual.—M. R.

CUESTIONES SEXUALES

VIEJA Y NUEVA MORAL SEXUAL, por
Bertrand Russell.

En cada remesa de libros europeos llega por lo menos uno dedicado a estudiar el problema de la sexualidad. Las fases de este problema son numerosas y ofrecen materia para todos los gustos y todas las predilecciones. Su literatura ya abundantísima proporciona medios de información y de documentación casi inagotables. Los trabajos de muchos sabios, que han amontonado observaciones en este y en aquel sentido del problema sexual, son explotados con un entusiasmo sorprendente, y apenas hay una persona más o menos culta que no se sienta inclinada a escribir un libro o un ensayo sobre la cuestión. El problema ha llegado a su más amplia divulgación.

Sin embargo, y debido a esto, dichos libros o dichos ensayos traen cada día menos novedad, menos cantidad de trabajo personal. Algunos son simples comentarios a la obra de aquellos sabios, obra que hubiera permanecido casi desconocida del mundo si la cuestión sexual no hubiera sido lanzada sobre el tapete por los trabajos de Freud. Pero, una vez lanzada, los nombres de Havelock Ellis, de Malinowski, de Westermack y de otros acopiadores de datos e investigadores primeros de los fenómenos sexuales, han llegado a ser tan comunes como los de los padres de la patria.

Este libro de Russell escapa un